

El negocio de la publicación de artículos científicos

Recientemente The Guardian publicó un artículo de Stephen Buranyi titulado ¿Es malo para la ciencia el negocio asombrosamente rentable de la publicación científica?¹. Un artículo provocador que lleva a la reflexión; en él se propone que la publicación científica es un negocio notable, lo cual sucede a pesar del escaso número de lectores que estas revistas tienen, considerando lo especializado del tema.

La afirmación proviene de un análisis que el autor realizó de las ganancias que Elsevier reportó en el 2010 y que superaban a las que Apple, Google o Amazon publicaron ese año. Personalmente verifiqué y Google reporta que Elsevier tuvo en el 2017 un ingreso de 2480 millones de libras esterlinas, con ganancias de £913 millones, poco más de 24 000 millones de pesos, una cantidad enorme de dinero que, aunque nos parezca desconcertante, seguramente es seguido por otras editoriales científicas.

Un editor tradicional tiene como gastos los salarios de los escritores y los editores, gastos de impresión, distribución, publicidad, mercadotecnia, etc. Sin embargo, las editoriales científicas eluden muchos gastos; los científicos crean sus propios trabajos, que entregan a los editores de forma gratuita, el trabajo es evaluado por pares que juzgan la pertinencia de los experimentos y su validez, por supuesto de forma gratuita y posteriormente pasa a editores pagados que verifican la forma final del producto para su publicación. Posteriormente las revistas venden a bibliotecas institucionales y universitarias financiadas por los gobiernos, para que lo lean los científicos, quienes crearon el producto en primer lugar. Citando a Buranyi ¿Qué otra industria recibe las materias primas de sus clientes, obtiene esos mismos clientes para llevar a cabo el control de calidad de esos materiales, y luego vende los mismos materiales a los clientes a un precio enormemente inflado?

Imaginen a la Jornada solicitando artículos gratuitos a Julio Hernández o a Enrique Galván Ochoa para posteriormente solicitar al gobierno que pague los gastos de impresión y distribución. Peor aún, imaginen al mismo medio pidiéndole a los periodistas pagar para publicar sus escritos. Ese es nuestro escenario.

¹ <https://www.theguardian.com/science/2017/jun/27/profitable-business-scientific-publishing-bad-for-science>

Otro punto que destaca la mencionada publicación es la crítica que realizan muchos científicos sobre la industria editorial porque ejerce demasiada influencia sobre lo que los científicos deben estudiar, lo que en última instancia es malo para la ciencia misma. Las revistas premian los resultados nuevos y espectaculares, lo que es normal pues su negocio es vender suscripciones, pero también significa que los científicos no tienen un mapa preciso de su campo de investigación. Así, los investigadores pueden terminar explorando callejones sin salida con los que sus colegas científicos ya se han enfrentado, únicamente porque la información sobre fallas previas nunca ha tenido espacio en las páginas de las publicaciones científicas. Un estudio de 2013, por ejemplo, informó que la mitad de los ensayos clínicos en los EE. UU. nunca se publican en una revista.

Parece que la descripción de la naturaleza ya no es más el objetivo de la ciencia y la de los investigadores no es la reflexión, la observación o la propuesta de paradigmas. Actualmente el propósito es publicar y como solo se publican resultados positivos, los investigadores diseñan experimentos publicables y no necesariamente aquellos que les permitiría ahondar en la naturaleza de los fenómenos estudiados, porque no conviene arriesgar. Este círculo vicioso en donde somos productores y consumidores va en detrimento de la investigación *per se* y fortalece las demandas del negocio editorial.

En medio de la vorágine, la mayoría de los investigadores se encuentran atrapados en la creciente necesidad de publicar y actualmente hasta de pagar para poder hacerlo, situación que no es solo mexicana, atañe a la mayoría de los investigadores del mundo, lo que nos deja con el reto de permanecer honestos y objetivos frente al propósito de investigación de cada uno.

Romina Rodríguez Sanoja

Instituto de Investigaciones Biomédicas,
UNAM